

SAN FERNANDO Y SU ÉPOCA

Por D. Alberto Torres Santo Domingo.
Teniente Coronel de Transmisiones.
163ª Promoción del Arma de Ingenieros.

“O quam bienaventurados estos tiempos en los cuales se enxalca la fee católica, y se corta la maldad herética y las cibdades y castillos de los moros son destruidos con cuchillos fieles; pelean los reyes de España por la fee y en cada parte vencen; los obispos y los abades y la clerezía hedifican monasterios y los labradores syn miedo labran los campos, crían ganados y gozan de paz, y no hay quien los espante. En este tiempo el muy honrado padre Rodrigo, arzobispo de Toledo, hedificó la iglesia toledana con obra maravillosa, y el muy sabio Mauricio, obispo de Burgos, hedificó fuerte y hermosa la yglesia de Burgos, y el muy sabio Juan, chanciller del rey Fernando, fundó la nueva iglesia de Valladolid ...”¹

INTRODUCCIÓN

Este año se cumple el bicentenario de la autorización que S.M. el Rey Don Carlos IV concedió el 2 de mayo de 1805 al Ingeniero General y Príncipe de la Paz, don Manuel Godoy, a petición del Jefe de Estado Mayor del Real Cuerpo de Ingenieros, mariscal de campo don Antonio Samper, para que su antepasado el Rey Don Fernando III el Santo fuese venerado, no solo como patrón del Regimiento Real de Zapadores Minadores, sino también *"en todas las Direcciones y Comandancias del Cuerpo [de Ingenieros], así de España como de Indias."*²

Como parte de las conmemoraciones para celebrar este evento, nos toca a nosotros ahora glosar la época en que vivió nuestro Santo Patrón, nacido hace ochocientos seis años, en el seno de una sociedad guerrera y de frontera, con un marcado espíritu religioso que impregnaba todas las actividades humanas de la época. Las palabras de Lucas, obispo de Tuy, citadas en el preámbulo, son fiel reflejo del sentir de aquellos hombres que vivieron en los lejanos años del siglo XIII. Como paladín de la exaltación de la fe católica y de la lucha contra la maldad herética, Fernando III fue uno de los protagonistas indiscutibles de la gran ofensiva cristiana de la reconquista, empresa realizada en los años centrales del siglo XIII y que señalaría el principio del fin de la presencia musulmana en la península ibérica. Una consecuencia inmediata de este avance, llevado a cabo simultáneamente en Portugal, Castilla y Aragón enmarcado en el espíritu cruzado imperante en Europa, fue la definitiva diferenciación de los reinos cristianos peninsulares, que verían postpuesto en dos siglos el viejo sueño leonés de resucitar la antigua unidad visigoda.

¹ Don Lucas, obispo de Tuy. Citado por José Pijoan en obra citada, pag. 474.

² Estudio histórico del Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Madrid, 1911. Reedición facsímil de la Inspección de Ingenieros, 1987. Tomo I, páginas 402-404.

Comenzaremos ofreciendo al lector unos apuntes sobre el ambiente europeo de la época, decididamente influido por un profundo sentimiento religioso difícil de entender por el europeo corriente del siglo XXI, donde el clima general de la actualidad es eminentemente laico y en el que todas las referencias a lo “sagrado” ocupan un lugar subrepticio y oculto apenas mencionado.

LA EUROPA DE FERNANDO III

Fernando III vivió en los años de mayor apogeo de ese concepto que se ha dado en llamar “Cristiandad” y que impregnó todos los aspectos de la vida social y política de la Europa altomedieval durante los trescientos años que van desde aproximadamente 1050 a 1350. En aquella época toda la sociedad estaba literalmente dominada por el cristianismo; pocas actividades humanas escapaban de los principios cristianos. La fe en Jesucristo, el sentido del pecado, la oración en cualquier momento de la vida, y la autoridad moral de la Iglesia, sus prelados y sus monjes se hallaban presentes en todo momento del día.

El término Cristiandad fue acuñado por el papa Juan VIII a finales del siglo IX, quien apeló al sentimiento de unidad de la comunidad de bautizados en Cristo ante los peligros que estuvieron a punto de sumir en un caos al Occidente europeo: por un lado, los ataques de los pueblos asiáticos; por otro, el desmoronamiento del poder carolingio, que supuso el nacimiento de un nuevo sistema feudal de relaciones basado en el recurso a la fuerza. La Cristiandad se fundamentaba en una especie de unidad basada en una misma comunidad de creencias religiosas, deberes y concepciones jurídicas derivadas de su pertenencia a la Iglesia.



(imagen 02_01) El Emperador Romano Germánico. *Libro de Castigos de Sancho IV*. Biblioteca Nacional. Madrid

El Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico era la institución que reflejaba este estado de cosas. Recibía el título de Protector de la Iglesia contra todos sus enemigos, y como se entendía que la autoridad espiritual de la Iglesia debía extenderse por todo el mundo, la autoridad del Emperador se extendía en paralelo por los países europeos. Pero éste no tenía jurisdicción sobre los reyes de la Cristiandad, sino que era el primer garante de la defensa de los derechos de la Iglesia frente a amenazas exteriores por parte de los paganos o enemigos de la fe. Al Emperador le era conferido su carácter de delegado de Dios en la Tierra mediante el acto de su consagración por el Papa, de

igual modo que los reyes europeos de la época recibían la unción para señalar que su poder procedía del Cielo.

A mediados del siglo XI la situación cambió radicalmente. Los peligros de invasión cesaron sobre Occidente y quedaron reducidos a la zona del imperio bizantino, en el Oriente. La conversión de los pueblos bárbaros de las regiones bálticas y húngaras permitió su integración en la comunidad civilizada europea y la posterior expansión cristiana por aquellos lejanos territorios. El peligro quedó reducido a la presión que los turcos ejercieron desde entonces contra Bizancio, cuya caída en 1453 señaló el final de la Edad Media. Por su parte, la Iglesia supo domesticar los brutales poderes feudales gracias a los esfuerzos de los papas y algunos monjes y príncipes creyentes, de tal suerte que logró finalmente dictar sus normas a los guerreros e imponerles, aunque fuese por la fuerza, los principios de justicia y caridad³. A partir de aquí, el sentimiento de pertenencia a una misma comunidad religiosa y social dirigida por la Iglesia se asentó firmemente en las mentes europeas de aquellos siglos. Como resultado, Europa asistió a un brote de dinamismo creador que hizo escribir a algún historiador que “*la Humanidad cristiana, salida de las tinieblas infernales de la Época Bárbara, vivió entonces su primavera*”⁴.



(imagen 02_02) El papa Honorio III aprueba la regla de los hermanos Menores presentada por San Francisc. Grabado según pintura de Ghirlandaio para la capilla de los Saseti en la iglesia de la Santísima Trinidad de Turín. Biblioteca Nacional de Turín.

Aquellos fueron los años de la mística de san Bernardo y san Buenaventura, de la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino, los cantares de gesta, del apogeo de las grandes peregrinaciones de masas de cristianos, del inicio las primeras expediciones exploratorias del mundo. Nacieron las órdenes mendicantes, todas ellas durante la juventud de don Fernando: los franciscanos en 1209, los dominicos en 1215, los mercedarios en 1218; el rey Fernando supo utilizar estos frailes en sus campañas andaluzas en apoyo de sus tropas e intereses repobladores. También estos años vieron el apogeo de las grandes peregrinaciones a Roma, Jerusalén y Santiago de Compostela; medio millón de personas iban cada año a Compostela; doscientos mil *romeros* había

³ Daniel Rops en obra citada, primera parte, pág.s. 16 y 31.

⁴ Daniel Rops, en obra citada, primera parte, pág. 12.

permanentemente en Roma, ciudad que acogió a dos millones de personas durante el primer “Año Santo”⁵.

Fernando III vio en vida cómo Europa construía sus altas catedrales góticas, como testimonio mudo de la afirmación de su fe. En Francia son ejemplos notables la catedral de Chartres, construida entre 1195 y 1220; la fachada de Notre Dame de París, realizada entre 1198 y 1208; la *mirabilia gotica* de la catedral de Amiens, el mayor templo de Francia, construido entre 1218 y 1260; la catedral de Reims, conocida como la catedral de los reyes, iniciada en 1211 y cuya construcción duraría todo el siglo; la capilla-relicario de la Sainte-Chapelle, construida en tan solo tres años (1245-48); la catedral de Estrasburgo, cuya construcción duraría más de un siglo, pues sus obras comenzaron en 1180 y en 1318 aún se trabajaba en ella. En Alemania, la catedral de Friburgo, se construyó en dos fases, siendo la primera la más estrictamente gótica del país germano, que corresponde al periodo 1235 a 1245; la Magna Obra gótica que es la catedral de Colonia se comenzó en 1248, y su construcción duró seis siglos, pues no se terminó hasta 1880, fecha en que se puso la última piedra. En Inglaterra, la catedral gótica de Canterbury se comenzó a raíz del incendio del anterior templo, ocurrido en 1174; la capilla circular de los Templarios comenzó su construcción en Londres en 1220, año en que se inició la de la catedral de Salisbury, conocida como la perfecta catedral inglesa; por último, la nueva abadía de Westminster, lugar de reposo de los restos de la reina Leonor de Castilla, hija de Fernando III y esposa de Eduardo I, se comenzó en 1245⁶.

España no quedó al margen de esta expansión artística proveniente de Europa. El siglo XII vio la construcción de los primeros templos de transición al nuevo estilo, como las catedrales de Ávila, Sigüenza, Cuenca, Tarragona y Lérida, edificados a los pocos años de la conquista de estas ciudades de manos musulmanas. El reinado de Fernando III coincidió con la construcción de las tres grandes catedrales góticas españolas por excelencia, que corrieron parejas en su concepción y edificación a los grandes templos europeos. La *Pulchra Leonina*, cuya fastuosa luminosidad no tiene parangón en el mundo, comenzó a edificarse alrededor de 1181 como copia reducida de la planta de la catedral de Reims, finalizando las obras alrededor de 1303. El rey Fernando III puso la primera piedra de la catedral de Burgos, gran monumento ojival puro, en 1219 con ocasión de su boda en la vieja catedral de esta ciudad castellana. Seis años más tarde, en 1225 el rey Fernando ordenó comenzar la construcción de una nueva catedral en Toledo, cuyo resultado final es una obra de sublime belleza arquitectónica. En el vecino reino de Aragón no sería hasta finales del siglo XIII y principios del XIV cuando se afrontaría la construcción de los templos góticos de Barcelona, Gerona y Palma de Mallorca⁷.

Durante estos años Europa se opuso decididamente al avance del Islam, no dudando en abandonar posturas defensivas anteriores. Eliminado el peligro en Sicilia y sur de Italia, los cristianos saltaron a la conquista de los Santos Lugares. En vida de Fernando III se dio un gran impulso a las Cruzadas, pues se organizaron hasta seis expediciones contra Tierra Santa y una contra los herejes albigenses, aparte del apoyo expreso que recibieron los monarcas peninsulares en su secular guerra contra los musulmanes. Fue precisamente durante el reinado de Fernando III cuando se dieron las grandes campañas que permitieron a Portugal y Aragón finalizar la reconquista de sus territorios, y a

⁵ Cifras de peregrinos citadas por Daniel Rops en obra citada, primera parte, pág. 63.

⁶ José Pijoan, obra citada, pág.s 43 a 401.

⁷ José Pijoan, obra citada, pág.s. 474 a 540.

Castilla-León avanzar imparable por Andalucía y el valle del Guadalquivir para arrinconar a los musulmanes en el recién nacido reino nazarí de Granada.

El infante don Fernando tenía cinco años cuando Constantinopla cayó en 1204 a manos de los venecianos durante la Cuarta Cruzada⁸; y nueve años cuando el papa Inocencio III proclamó la cruzada albigense en 1208, que duraría unos cuarenta años y en la que el rey Pedro II de Aragón moriría a manos de los cruzados. A su palacio leonés llegarían sin duda en 1212 los ecos de la marcha a través de Europa de la Cruzada de los Niños y su fatídico y trágico final, mezclados con las noticias de la gran victoria peninsular sobre los almohades en los campos de las Navas de Tolosa. Poco después de su proclamación como rey de Castilla en 1217, tendría noticias de la toma de Damietta por los cruzados⁹ y su derrota final en los campos de Mansurah; del establecimiento de la Orden Teutónica en Prusia en 1226 y del comienzo de su expansión por el norte europeo; y de la tregua de diez años pactada por el emperador Federico II en 1228 tras su breve cruzada¹⁰, que aprovechó para proclamarse Rey de Jerusalén¹¹ a pesar de estar excomulgado por el papa.



(imagen 02_03) Monje en su scriptorium. *Cantiga LVI de Santa María*. Biblioteca del monasterio de El Escorial

Siendo ya don Fernando rey de Castilla y León, fue testigo de la reanudación de las hostilidades en Tierra Santa por el rey navarro Teobaldo I de Champagne con su

⁸ La Cuarta Cruzada (1202-04) fue proclamada por el papa Inocencio III y organizada por el emperador Enrique VI de Alemania, quien envió un ejército a Palestina a las órdenes de Conrado, arzobispo de Maguncia. Los cruzados se desviaron de su objetivo principal, conquistaron Constantinopla a sangre y fuego y trataron de fundar un imperio latino en aquellas tierras. Las victorias obtenidas por los cruzados se malograron tras la muerte del emperador y la falta de unión entre sus participantes.

⁹ La Quinta Cruzada (1217-21) fue organizada por el papa Honorio III. Su objetivo era Egipto. A pesar de sus éxitos militares iniciales, los cruzados tuvieron que retirarse debido a sus derrotas posteriores y al desbordamiento del río Nilo.

¹⁰ La Sexta Cruzada (1227-29) fue organizada por el papa Honorio III y su sucesor Gregorio IX, y dirigida por el emperador Federico II de Alemania, quien obtuvo del sultán ayúbida Al-Kamil la cesión de Jerusalén, Belén y Nazaret, así como un salvoconducto para los peregrinos que se dirigiesen hacia estas ciudad.

¹¹ El título de Rey de Jerusalén que ostenta el rey de España procede, por herencia, de esta proclamación.

cruzada de 1239-40, predicada por el papa Gregorio IX y continuada en 1241 por Ricardo de Cornualles, cuñado del emperador Federico II; en ese mismo año Fernando III vió llegar la amenaza de los mongoles y la cruzada predicada contra ellos. Por último, el ocaso de su vida coincidió con la cruzada de Luis IX de Francia contra Egipto¹²; se dice que el rey francés invitó al castellano a participar en la cruzada, a lo que éste respondió que *no le faltaban en la península sarracenos a quienes combatir*.

Por último, el orgullo de la Alta Edad Media fueron las universidades. En contra de lo que comúnmente se cree, parece ser que la instrucción de las masas populares europeas no estuvo tan descuidada, siempre de manos de la Iglesia. El Concilio de Letrán de 1179 ordenó al clero abrir escuelas gratis para todos los niños de siete a veinte años, naciendo de esta manera las “escuelas parroquiales”, donde se practicaba una enseñanza primaria. También existían las escuelas monásticas, donde se daba una enseñanza algo superior a la primaria. A mediados del siglo XII las escuelas monásticas tendieron a declinar, fruto de un espíritu reformista de la época que no veía con buenos ojos la convivencia en las mismas aulas de los novicios de los monasterios y los muchachos “externos” ajenos al convento; esto obligó a los obispos a crear las “escuelas episcopales”¹³. En España, la Escuela de Toledo ganó fama en aquellos años del siglo XII, cien años antes del reinado de Alfonso X el Sabio. En Italia encontramos las escuelas de Bolonia, Salerno y Rávena; en Inglaterra las de Canterbury y Dirham; en Francia las de París, Chartres, Arranches, Besancon, Chalán-sur-Marne y Chatillon-sur-Seine. El Concilio de Letrán también estableció a gratuidad de los exámenes. Las enseñanzas que se impartían eran las tradicionales del *Trivium*¹⁴ y el *Cuadrivium*¹⁵.

Con el tiempo se inició la especialización de las escuelas al darse más importancia a la profundización en los temas y al conocimiento de las ciencias y la técnica¹⁶. De esta manera, alrededor del año 1200 se sintió la necesidad de crear una enseñanza superior que las escuelas episcopales no ofrecían y que obligaban a los amantes del cultivo intelectual asistir a las escuelas árabes de España o a las bizantinas. Así nacieron las universidades a la sombra de las catedrales, apoyadas por las autoridades eclesiásticas y los papas. Algunas de ellas contaron desde sus primeros años con el apoyo de los monarcas¹⁷, mucho antes de que la Iglesia perdiera su control a finales del siglo XIII y principios del XIV. La Universidad era entonces algo muy grande: Inocencio IV la calificaba como “*río de ciencia que riega y fecunda el campo de la Iglesia Universal*”; Alejandro IV la comparaba con “*la lámpara que resplandece la casa de Dios*”¹⁸.

No hubo ninguna región de Europa que no tuviese su Universidad: en Italia encontramos la de Salerno, universidad desde 1200; Bolonia, que era famosa como

¹² La Séptima Cruzada (1248-54) fue organizada por el papa Inocencio IV y dirigida por el rey Luis IX de Francia, futuro santo. Los cruzados conquistaron Damietta en el delta del Nilo, pero fueron posteriormente derrotados y el propio rey francés hecho prisionero.

¹³ A comienzos del siglo XII, Francia contaba con setenta escuelas monásticas ubicadas en otras tantas abadías y monasterios (el rey Luis el Gordo de Francia estudió en una de ellas) y cincuenta escuelas episcopales. Daniel Rops, obra citada, primera parte, pág. 14.

¹⁴ Gramática, Dialéctica y Retórica.

¹⁵ Aritmética, Geometría, Astronomía y Música.

¹⁶ Chartres para Letras; París para Teología; Bolonia para Derecho; Salerno y Montpellier para Medicina.

¹⁷ Tal fue el caso de la Universidad de París, que en ocasión de un incidente ocurrido en 1200 entre parisinos y universitarios, apeló al rey Felipe Augusto, quien acogió a la Universidad bajo su protección. Daniel Rops, obra citada, primera parte, pág. 16.

¹⁸ Daniel Rops, obra citada, primera parte, pág. 18.

escuela desde 1111; Padua; Nápoles; y Palermo. En Inglaterra la de Oxford, nacida a la sombra de las abadías de santa Frideswyda y de Oxney con profesores venidos de París y constituida oficialmente en 1214; y la de Cambridge, rama de Oxford y pronto rival de ésta última. En Bohemia estaba la universidad de Praga, surgida más de un siglo antes que las grandes universidades de Cracovia, Viena y Heidelberg, creadas en la segunda mitad del siglo XIV. En Francia se fundaron por esta época una decena de universidades, de entre las que destacan la de París, creada alrededor de 1200; Montpellier, fundada en 1220 sobre una escuela que databa de 1125; Orleáns, en 1200; Toulouse, en 1217; Angers, en 1220. En Portugal se creó la universidad de Coimbra con el apoyo de los reyes desde que Sancho I asignara créditos al monasterio de Santa Cruz de Coimbra en 1192 “para sustentar a los canónigos que estudian en tierra de Francia”¹⁹. Este clima de eclosión cultural e intelectual fue recogido en España por el rey Alfonso IX de León, padre de Fernando III, que fundó la universidad de Salamanca alrededor del año 1200, siendo por ello contemporánea a la de París. Desde los primeros años de su fundación reunió en sus aulas hasta 14.000 alumnos, y a finales del siglo XIII se convirtió en una de las más prestigiosas de Europa, junto con las de Bolonia, París y Oxford. El rey leonés también fundó en 1208 la universidad de Palencia, pero la vida de este centro fue bastante efímera.



(imagen 02_04) Fernando III. *Tumbo de Tojos Outos*. Archivo Histórico Nacional. Madrid

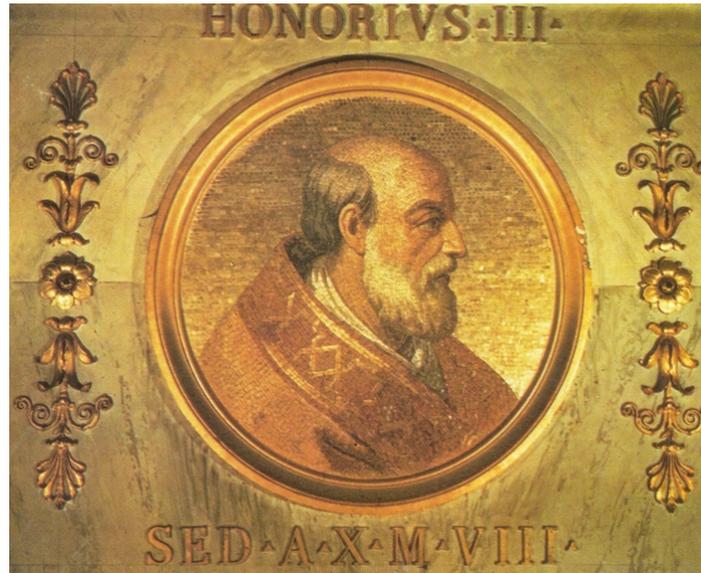
En el orden político, durante sus cincuenta y tres años de vida Fernando III vio consolidarse el poder de los papas como guía de la Iglesia frente al interés intervencionista de los emperadores Hohenstaufen, cuya dinastía se extinguió en 1268 con la muerte del emperador Conradino. Asistió a las luchas entre los Plantagenet y los Capeto por las posesiones de aquellos en Francia en la llamada *Primera Guerra de los Cien Años* (1154-1258). Vivió el origen del poder centralista de Francia y de la monarquía parlamentaria británica.

Fernando III nació en 1199, un año después de la subida al solio pontificio de Inocencio III (1198-1216), calificado como el Augusto del Papado²⁰, cuyo pontificado de

¹⁹ Daniel Rops, obra citada, primera parte, pág. 18.

²⁰ Así lo define el historiador alemán Gregorovius. Citado por Saba, obra citada, pág. 714.

dieciocho años fue el más brillante de toda la Edad Media. Este papa reformó la organización de la corte pontificia, persiguió la corrupción de los funcionarios, restableció la autoridad vaticana en Roma y consiguió la devolución de los territorios arrebatados por el emperador Enrique VI. Se enfrentó a los príncipes y reyes europeos con objeto de evitar en ellos injerencias en asuntos eclesiásticos. Fue responsable de reavivar el decaído espíritu de cruzada en los frentes palestino y peninsular, de la confirmación de las reglas de los Hospitalarios y los Trinitarios, y de la aceptación de las órdenes mendicantes de Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís. Presidió en 1215 el XII Concilio Ecuménico, IV de Letrán, al cual asistieron 412 obispos y 800 representantes de obispos, cabildos, abades, priores y seglares.



(imagen 02_05) Honorio III. Basílica de San Pablo. Roma.

También fue contemporáneo de los papas Honorio III (1216-1227), Gregorio IX (1227-1241), Celestino IV (1251) e Inocencio IV (1243-1254), a quienes se considera igualmente dentro de los grandes papas de la Cristiandad, puesto que continuaron las reformas espirituales, se enfrentaron con éxito a las pretensiones de imposición del Imperio, vencieron definitivamente en la lucha secular contra él, abanderaron en todo momento a sus fieles cristianos por todo el orbe europeo y fueron responsables de la época de mayor esplendor del poder pontificio.

Fue contemporáneo de los grandes reyes Capetos de Francia Felipe II Augusto (1180-1223), Luis VIII (1223-1226) y Luis IX el Santo (1226-1270), quienes triplicaron el territorio bajo su dominio con la incorporación de Vermandois, Normandía, Valois, Mine, Anjou, Poitou y la región del Mediodía a la corona francesa. Estos monarcas sometieron las casas feudales a la disciplina real y asentaron la autoridad regia sobre una administración perfeccionada, un sentido de la justicia basada en el Derecho y en la gran autoridad moral y superior del monarca. A la muerte de Luis IX había en Francia una monarquía fuerte que se hacía respetar²¹ y evolucionando hacia un constante aumento de la autoridad central, base del actual modelo centralista de la Francia moderna.

²¹ Cuando el duque de Francia Hugo, fundador de la dinastía de los Capeto, ciñó la corona real francesa en 987 tenía frente a sí 15 principados feudales, muchos de los cuales le superaban en poder.

Fue contemporáneo de los mediocres y frívolos reyes Plantagenet de Inglaterra Juan sin Tierra (1199-1216) y Enrique III (1216-1272). El infante Fernando nació el mismo año de la muerte del rey Ricardo Corazón de León (1189-1199), un monarca que pasó los tres primeros años de reinado batallando en la Tercera Cruzada, otros dos años de regreso a su patria y prisionero de Leopoldo de Austria, a quien había ofendido en Tierra Santa, y el resto de su reinado combatiendo en su propio país tratando sin éxito de consolidar el poder de la corona sobre los nobles ingleses. Su sucesor, Juan sin Tierra, fue derrotado por Felipe II Augusto en 1214 en la batalla de Bouvines, perdiendo los ingleses con ello grandes posesiones en Francia. Su ineptitud llevó al clero y la nobleza inglesas a imponerle la famosa *Carta Magna* en 1215 y una asamblea de notables asociada al gobierno que pronto pasó a llamarse *Parlamento*. El nuevo rey, Enrique III, trató en vano de recobrar la autoridad y el control de la monarquía, pero tan solo consiguió el levantamiento de sus súbditos contra él en 1258. De esta manera se sentaron las bases de la actual monarquía parlamentaria británica, consolidadas por su sucesor Eduardo I (1272-1307), quien comprendió que lo prudente era aceptar los hechos consumados y trabajar de acuerdo con las nuevas instituciones.

Por último, fue contemporáneo del emperador Federico II (1218-1258), quien dilapidó su talento y las energías de Alemania e Italia en los grandes sueños de dominación universal heredados de sus antepasados y basados en el recuerdo del imperio de Carlomagno. El centro de su política fueron sus relaciones con los nobles y la Iglesia. La corona imperial era hereditaria desde la muerte de Enrique II el Santo (973-1024), lo que enfrentaba constantemente al emperador con sus señores feudales, quienes no siempre se avenían a someterse voluntariamente a sus deseos. El papa adquiría cada vez mayor poder temporal en Italia y continuaba con la lucha iniciada por sus predecesores de eliminar la influencia secular en la Iglesia. Por su parte, las ciudades italianas buscaban el mínimo pretexto para sacudirse el dominio del emperador. Todo ello obligaba a una constante sangría de fuerzas alemanas en defensa de los intereses y privilegios imperiales²². Durante estos años, Alemania e Italia sufrieron periodos alternativos de despotismo y de anarquía de los que sacaron provecho los grandes señores feudales alemanes y las ciudades comerciales italianas. La lucha acabó con el agotamiento de las fuerzas del Imperio y la victoria del papado. Finalmente, la dinastía de los emperadores Hohenstaufen se extinguió en 1268 con la muerte del emperador Conradino, quedando el Imperio sin emperador durante un largo periodo de tiempo. Los nuevos emperadores de las casas de Habsburgo de Austria, Luxemburgo y Baviera no lograron imponerse eficazmente, de manera que cien años más tarde, a mediados del siglo XIV, el Sacro Imperio Romano Germánico estaba sumido en una decadencia que aun duraría bastante tiempo.

LA ESPAÑA DE LOS CINCO REINOS

Ciertos historiadores afirman que el concepto de España es obra de los visigodos, y que "... al crear su *regnum Gothorum* los visigodos crearon *Hispania*"²³. Esta opinión queda respaldada por un hermoso canto de amor a la patria española compuesto en el siglo VII, cuyo autor fue san Isidoro de Sevilla:

²² La novela *Baudolino*, de Umberto Eco, retrata muy bien el ambiente en las ciudades italianas de la época.

²³ P. Bonnassie y otros, en obra citada, pág. 39, que citan a Ramón d'Abadal.

“De entre todas las tierras que se extienden de Occidente hasta la India, tú eres la más hermosa, ¡Oh, santa y feliz España!, madre de las naciones, tú que no sólo iluminas el Océano sino también el Oriente. Tú eres el honor y el ornamento del mundo, tú, la parte más ilustre de la Tierra, donde florece la fecundada gloria del pueblo godo.”

Esta creación política fue el efecto del establecimiento en la península de un pueblo, el visigodo, que llevó a cabo la unificación territorial de la península desde la capital de su reino, Toledo. A partir de Suintila (621-631), el monarca que expulsó a los bizantinos de su colonia malagueña y logró la derrota sin condiciones de los vascones²⁴, los reyes godos podían proclamarse con toda justicia reyes de toda la península “*de un mar al otro*”. La unificación territorial fue acompañada por la compilación y uniformización del derecho, de tal manera que la variedad de costumbres, leyes, códigos y procedimientos existentes al principio del reino visigodo fue sustituida paulatinamente por un código único, aplicable a todo el territorio y a todos sus habitantes. En su forma definitiva, constituyó, bajo diversos nombres (*Fuero Juzgo* en Castilla y *Llibre dels jutges* en Cataluña), el fundamento de toda la práctica judicial cristiana durante siglos. La política unificadora fue completada en el ámbito religioso con la conversión oficial de la monarquía a la religión católica y asociando a la Iglesia a la acción legislativa y judicial mediante los concilios.

La intervención de un ejército musulmán al mando de Tariq ibn Ziyad en la contienda civil que enfrentó a los hijos del difunto rey Vitiza (700-710) con el nuevo monarca don Rodrigo y la derrota del ejército real en la batalla del río Guadalete en el verano de 711 supuso el derrumbamiento del estado hispano-godo y el final del proyecto político unificador de la península ibérica. El insigne historiador medievalista Sánchez Albornoz define este colapso histórico como *la pérdida de España*. En apenas cinco años los musulmanes finalizaron la conquista y ocupación militar de la península ibérica, denominada “pais de Al-Andalus” por los nuevos amos, quedando el país incorporado a un régimen extranjero bajo la autoridad suprema y religiosa del Califa de Damasco²⁵.

La ruina del estado visigodo, su conquista militar y la islamización de gran parte de su población no extinguió el espíritu de resistencia de los cristianos hispano-godos, que mantuvieron su independencia en aislados núcleos de población al norte de la cordillera Cantábrica y en pequeñas comarcas pirenaicas. La rebeldía de los cántabros y astures y sus victoria en Covadonga y Proaza liderados por Pelayo en 722 supuso el nacimiento del primer reino cristiano, que inició bien temprano la recuperación del terreno ocupado por los gobernadores extranjeros. A partir de Alfonso II (791-842) la monarquía asturiana pretendió ser la continuadora de la monarquía hispano-goda, restaurando para ello las viejas instituciones visigodas en la corte de Oviedo. Bajo el reinado de Alfonso III (866-909) la frontera rebasó la divisoria de la cordillera cantábrica en su avance hacia el sur. Comenzó la repoblación de las comarcas leonesas al norte del Duero, cuya línea se alcanzó y fortificó. Los monarcas asturianos cambiaron su denominación por la de reyes de León.

El reino de León se afianzó como primer reino cristiano peninsular, sintiéndose heredero del sentimiento unitario de la España visigoda y de la idea nacional que se

²⁴ José Orlandis, obra citada, pág.s 134-137.

²⁵ G. de Valdeavellano, obra citada, pág.s 221-222.

vislumbra en el pensamiento de San Isidoro de Sevilla²⁶. Encarnó políticamente la idea de un Imperio hispánico centrado en León que pretendía la supremacía de los monarcas leoneses y agrupar a su alrededor el resto de fuerzas peninsulares, reducidos aún a pequeños espacios pirenaicos, con objeto de emprender la reconquista territorial y la restauración de la perdida unidad política de la España visigoda, cuyas instituciones monárquicas adoptaron sus reyes en su corte.



(imagen 02_06) Tras la muerte de Bermudo III de León en la batalla de Tamara (1037), la corona de León pasó a Fernando I, rey de Castilla, dando origen a la primera unión de ambos reinos.

Los hijos de Alfonso III llamaban a su padre *magnus imperator e imperator nostro*, y desde entonces el término “Emperador” precisó su vago significado hasta adquirir en el siglo XI el de rey superior a los otros reyes. Ordoño II (914-924) se tituló *imperator* y la Crónica Najerense le llamó *imperator legionensis*; Ramiro II (931-951) fue titulado como *imperator* de igual modo; Alfonso V (999-1028) fue llamado “Emperador” por el abad Oliva del monasterio de Ripoll. Por su parte, el poderoso Sancho III Garcés el Mayor reconoció al rey leonés Bermudo III (1028-1037) como *imperator*, y cuando este rey navarro conquistó la ciudad de León en 1034 adoptó para sí el título de “Emperador”.

²⁶ G. de Valdeavellano, obra citada, pág. 229.

A la muerte de Bermudo III la corona de León se unió al recién nacido reino de Castilla en la persona del monarca de éste último reino, Fernando I (1035-1065), hijo del rey navarro Sancho III Garcés. El rey Fernando y su mujer doña Sancha fueron llamados *rex imperator* y *regina imperatrice*, siendo sus títulos reconocidos por sus hermanos García III Sánchez, rey de Navarra, y Ramiro I, rey de Aragón.

Tras más de 160 años de vigencia, la idea imperial leonesa aparece perfectamente definida en el reinado de Alfonso VI (1072-1109). Este monarca ya no emplea el título de *imperator*, vaga expresión de pretensión universal, sino que se presenta ahora con el título concreto de “Emperador de toda España” (*Imperator totius Hispaniae*) o el de “Emperador instituido sobre todas las gentes de España” (*Imperator super omnes Hispaniae nationes constitutus*). La supremacía de la España cristiana sobre la musulmana, obtenida tras la conquista de Toledo en 1085, la vieja capital visigoda y sede del arzobispo metropolitano de los reinos cristianos, se reflejó en el título de “Emperador de las dos religiones” con que se presentó el embajador del rey Alfonso VI al rey moro de Sevilla. A la muerte del rey castellano-leonés, su hija doña Urraca (1109-1126) se tituló también como “Emperatriz de toda España” (*totius Ispanie Imperatrix*), y su marido, el rey de Aragón Alfonso I el Batallador, fue reconocido como “Emperador de León y Rey de toda España” (*imperator de Leone et rex totius Hispaniae*) y como “Emperador de toda España” (*totius Hispaniae Imperator*).

A la muerte de su mujer doña Urraca, el rey Alfonso I de Aragón reconoció en el convenio de Támara de 1127 que el título de “Emperador” le correspondía a Alfonso VII (1126-1157), nuevo rey de Castilla y León, en cuanto rey de León. Este monarca fue coronado solemnemente en la ciudad de León como “Emperador de España” (*Imperator Hispaniae*) en 1135, recibiendo el vasallaje del rey García IV Ramírez de Navarra y del conde Ramón Berenguer IV de Barcelona, conde de Barcelona²⁷.

Tras la muerte de Alfonso VII en 1157, los reinos de León y Castilla se repararon después de 120 años de andadura conjunta, iniciándose de este modo el rápido ocaso de la idea imperial leonesa. La razón fundamental fue la mayor expansión territorial del resto de reinos cristianos peninsulares realizada en aquellos años, que impedía al reino de León aspirar a una supremacía sobre los demás. Los reyes Fernando II (1157-1188) y Alfonso IX (1188-1230) de León no utilizaron el título de “Emperador”, que tampoco se atribuyó el rey Alfonso VIII de Castilla (1158-1214). Cuando ambas coronas se unieron definitivamente con el rey Fernando III (1217-1252), éste aspiró en vano a ser coronado Emperador “*segund lo fueron otros de su linaje*”, al igual que su hijo Alfonso X el Sabio (1252-1284), quien pretendió en vano titularse “*Emperador de España*”. El advenimiento del siglo XIII vio extinguir la “idea imperial” leonesa y el fin de una posible y discutible unidad política en la península ibérica basada en el recuerdo de la vieja monarquía hispano-goda, aspiración latente en los reyes de León. A partir de este momento los cronistas, notarios y poetas emplearon la fórmula de “los Cinco Reinos de España” aplicada a la unidad de una España fragmentada²⁸ y que, según Ramón Menéndez Pidal, designa una nueva estructura política en España.

²⁷ G. de Valdeavellano, obra citada, pág.s. 230-231.

²⁸ Según G. de Valdeavellano, tal fórmula es empleada en los “Anales Toledanos Primeros” de 1219, en la “Historia Arabum” de Ximénez de Rada, en el poema de “Las mocedades de Rodrigo” (s.XIV), en la “Historia Hispánica” de Rodrigo Sánchez de Arévalo (s.XV), en la organización de las órdenes militares del Hospital y el Temple en España en el s.XIII.

El reinado de Fernando III coincidió con la confirmación de los diferentes caminos que tomarían los reinos cristianos peninsulares a partir de entonces, quedando patente que ninguno de ellos predominaría sobre los demás para intentar la unificación. Fue una consecuencia lógica de la distinta evolución que tuvieron los reinos a partir de su diferente origen, del avance y consolidación de las nuevas fronteras, y de los procesos de absorción de la población musulmana y colonización de las nuevas tierras por parte de los reyes²⁹.

Cronológicamente, el primero de los “Cinco Reinos de España” era el de Castilla y León. Tras lograr la pacificación y unidad política del país, el rey Fernando III inició el gran avance hacia el sur, conquistando los reinos de Córdoba (1236), Murcia (1243-44), Jaén (1245), Sevilla (1245-48) y las poblaciones más importantes de la zona gaditana (1248-52). A su muerte tan solo quedaba por conquistar la ciudad de Cádiz, el campo de Gibraltar y el reino de Granada. Su actividad guerrera fue seguida por un nuevo sistema de repoblación, propio de Andalucía y seguido en América siglos más tarde, conocido como el “repartimiento”, consistente en el reparto de casas y tierras entre los soldados según sus méritos y rango social, y realizado por agentes del rey tras un estudio de las posibilidades locales³⁰. Al finalizar el siglo XIII el reino de Castilla tenía reconocidas sus fronteras con Aragón, Portugal y Navarra mediante la firma de varios tratados³¹. Sin embargo, la frontera sur seguía dominada por la lucha secular contra los musulmanes. Al gran avance de Fernando III siguió la conocida como “la guerra del Estrecho”, que finalizó con la victoria castellana tras la batalla del río Salado (1340) y la conquista de Algeciras (1344) por el rey Alfonso XI. Pero aún quedaba enfrente el reino de Granada, que condicionaría la vida castellana y andaluza durante los siguientes ciento cincuenta años. La Guerra de Granada (1482-92) fue la última empresa colectiva de la Reconquista. Su finalización permitió la expansión marítima del reino de Castilla fuera de sus fronteras, como antaño lo hicieran Portugal y Aragón, arrastrando con ello a la nueva Monarquía Hispánica a una aventura americana e imperial que duró 400 años.

El reinado de Fernando III supuso la ruptura del equilibrio de poderes existente en Castilla y León. Cuando fue proclamado monarca de ambos reinos, encontró ante sí un territorio diversificado, sin unidad institucional y con un poder político fragmentado, fruto de las relaciones feudales propias de la época. El rey regía los feudos en las tierras de realengo sometidas a su autoridad y tenía autoridad sobre el resto a través de los lazos de vasallaje de los nobles del reino. A su muerte, la ampliación del territorio complicó las relaciones de una manera impredecible, debido a la necesidad de ocupar el terreno de forma efectiva. La paralización de las conquistas militares hasta la guerra del Estrecho, protagonizada por Alfonso XI (1312-1350), y la ingente tarea legislativa

²⁹ Juan Torres Fontes, obra citada, pág. XVI.

³⁰ P. Bonnassie y otros, obra citada, pág.s. 209-210.

³¹ Los tratados de Tudillén (1151) y Cazola (1179) fijaron las fronteras entre Castilla y Aragón, especialmente en las zonas en disputa de Soria, Almazán, Ágreda, Tarazona, Calatayud y Daroca, eligiéndose el Sistema Ibérico como la línea de separación natural entre ambos reinos. Así mismo, se reconoció a Aragón su derecho de conquista sobre el reino de Valencia. En el tratado de Almisra (1244), Fernando III y Jaime I establecieron que la región de Murcia quedase para Castilla. Pero los aragoneses y catalanes no se resignaron a esta pérdida, pues los derechos de vasallaje de Murcia recaían en el conde de Barcelona. Fueron necesarios dos tratados más, firmados en Campillo en 1281 y Monteagudo en 1291, para cerrar definitivamente el contencioso sobre Murcia en beneficio de Castilla. Juan Torres Fontes, obra citada, pag. XXV a XXXIII.

llevada a cabo por Alfonso X el Sabio son muestra de los problemas de fondo que ocasionaron al reino recién unificado la ampliación territorial que logró Fernando III³².

Navarra era el segundo de los “Cinco Reinos de España”. El último rey navarro de la dinastía Jimena fue Sancho VII el Fuerte, quien protagonizó en la batalla de las Navas de Tolosa (1212) la ruptura de las cadenas que rodeaban la tienda del emir almohade Muhammad II ibn Yaqub, el Miramamolín de las crónicas cristianas. Sancho VII carecía de descendencia legítima, por lo que en 1231 prohió al rey Jaime I de Aragón; no obstante, los navarros se apresuraron a ofrecer la corona al sobrino del difunto rey, Teobaldo, conde de Champaña, quien fue ungido en Pamplona al modo francés³³ en 1234. De esta manera, finalizadas sus expectativas de expansión territorial, el reino navarro inició una nueva política de vinculación hacia Francia a través de las dinastías de Champaña, Capeto y Evreux, a espaldas del resto de reinos de la península ibérica.



(imagen 02_07) Coronación de Felipe III de Francia. *Colección de Poesías francesas*. La reina Blanca de Artois, viuda del rey Enrique I de Navarra, casó a su hija Juana con el hijo de Felipe III en mayo de 1275. De este modo, Navarra quedó bajo el protectorado especial del rey francés.

El tercero de los “Cinco Reinos de España” era el de la Corona de Aragón, monarquía resultante de la unión de Cataluña y Aragón en 1136 debido a las gestiones del rey Ramiro II el Monje, que deseaba evitar que Aragón acabase absorbido por el pujante reino de Castilla. El conde Ramón Berenguer IV se casó con la pequeña Petronila, hija de Ramiro, en Barbastro el 11 de agosto de 1137, recibiendo en su persona la abdicación de rey Ramiro tres meses más tarde. Esta unión no logró vincular de inmediato a los catalanes a los intereses peninsulares, ya que su principal y natural zona de atención se centraba en el país occitano, tierra rica y hermana de Cataluña en lengua,

³² Alonso Romero, en obra citada, págs 509 a 598, explica la época de transición que supuso el periodo de cien años comprendido entre la muerte de Fernando III y la de Alfonso XI, a través de la ingente tarea legislativa del rey sabio.

³³ Jaime del Burgo, obra citada, pág. 532.

cultura y costumbres³⁴. La toma del Languedoc por los franceses a raíz de la cruzada albigense supuso la ruptura de los profundos lazos que unían a occitanos y catalanes³⁵, permitiendo a éstos orientar sus intereses a partir de entonces hacia los negocios peninsulares, especialmente con el rey Jaime I el Conquistador (1213-1276), contemporáneo de Fernando III el Santo y su hijo Alfonso X el Sabio³⁶. Jaime I finalizó la reconquista catalano-aragonesa apoderándose de las Baleares a partir de 1229 y del reino de Valencia en 1238, que repobló de distinto modo. En aquellas los musulmanes fueron expulsados sistemáticamente y sus tierras repartidas entre templarios y magnates y pequeños propietarios catalanes, provenzales y sardos. Sin embargo, la magnitud territorial del reino valenciano y lo exiguo del número de colonos cristianos de que disponía³⁷ le obligó a emprender una política de repoblación distinta, consistente en la retención de los musulmanes una vez conquistados sus territorios a cambio del respeto de algunas de sus costumbres. Terminada su expansión territorial en la península ibérica alrededor de 1240 y fijadas las fronteras con su poderoso vecino de Castilla, el reino de Aragón emprendió un nuevo giro en su política exterior, orientando sus intereses hacia el Mediterráneo. En pocos años consiguió el dominio del comercio en el Mediterráneo occidental estableciendo una importante zona de influencia en Tlemcen, Bujía y Túnez, incorporó las islas de Cerdeña y Sicilia a la Corona y llegó a pasear sus banderas por las lejanas tierras bizantinas de Albania y Grecia.

El cuarto de los “Cinco Reinos de España” era el de Portugal, escindido del reino de Castilla y León a mediados del siglo XII después de que el rey Alfonso VI concediera el condado de Portugal a su hija Teresa. Tras la muerte de su marido, Enrique de Borgoña, en 1114, el condado pasó a su hijo Alfonso Enríquez, de tres años, si bien su madre Teresa actuó como regente hasta que cumplió los 18 años (1129), momento que en asumió el gobierno del condado con el apoyo incondicional de los nobles y el pueblo. Al poco tiempo el rey castellano Alfonso VII logró el vasajalle del conde portugués Alfonso Enríquez. Sin embargo, éste fue proclamado rey de Portugal por su ejército en 1139 tras su victoria en la batalla de Ourique frente a cinco reyes moros. El naciente reino fue respetado por sus vecinos castellano-leoneses debido a que la atención del momento estaba centrada en hacer frente al peligro mahometano. El ímpetu guerrero de los reyes Alfonso Enríquez (1139-1185), Sancho I (1185-1211), Alfonso II (1211-1223) y Sancho II (1223-1248) permitió a los portugueses arrinconar a los musulmanes en el Algarbe mientras los reyes castellano-leoneses se ocupaban en avanzar hacia el sur por Andalucía. La latente amenaza castellana no llegó a materializarse, y los monarcas portugueses pudieron organizar la Curia y la Corte de manera heredada de las instituciones visigodas Aula Regia y el Concilium, llegadas a Portugal a través de la monarquía leonesa³⁸. Finalizada la reconquista portuguesa alrededor de 1250 y fijadas

³⁴ Los condes de Barcelona, Urgell, Cerdanya, Besalú y Ampurias se relacionaban con familias occitanas, casándose con mujeres de Rourge, Auvernia, Carcassonne, Limousin y Provenza. Su antepasado común se encontraba en un tal Bellón, conde de Carcassonne y sus bienes patrimoniales se hallaban en el alto valle del Aude. También el pueblo llano catalán estaba vinculado a esta zona norte de los Pirineos, como lo prueban las ofrendas y plegarias de los santuarios que jalonan el Midi francés ofrecidos por innumerables peregrinos catalanes. P. Bonnassie y otros, obra citada.

³⁵ La cruzada albigense puso de manifiesto la profunda unión existente entre Cataluña y la Occitania, cuando el rey Pedro II el Católico (1196-1213) acudió desde Barcelona a socorrer Toulouse, encontrando la muerte en la batalla de Muret ante los cruzados de Simón de Monfort.

³⁶ P. Bonnassie y otros, obra citada, pág. 188.

³⁷ Jaime I disponía tan solo de 30.000 colonos, la mayoría aragoneses, frente a unas necesidades estimadas en unos 100.000.

³⁸ Luis Suárez Fernández, obra citada, pág.s. 497 y 507.

las fronteras con Castilla en 1267 y 1291, la monarquía lusa buscó su expansión por vía marítima, estableciendo las bases de su imperio.

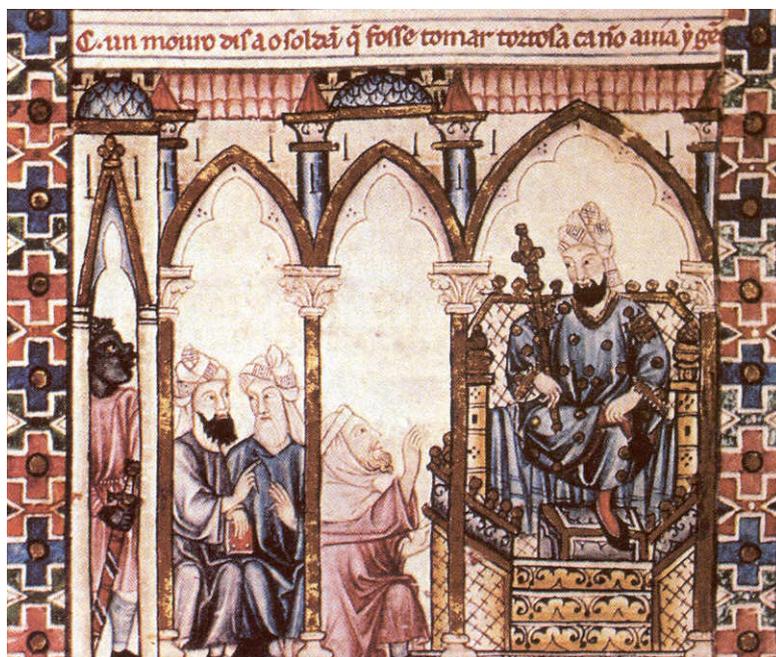


(imagen 02_08) Litorales y archipiélagos del Atlántico. Atlas de Grazioso Benincasa. 1482.

Hay discusión entre los historiadores sobre la identidad del quinto de los “Cinco Reinos de España”. Mientras unos se decantan por el reino de León, especialmente aquellos que manejan los documentos de nombramiento de los maestros templarios y hospitalarios en España, otros se decantan por el reino nazarí de Granada. Nosotros nos uniremos a esta última tesis, por creer que Fernando III se encuentra en el origen de esta consideración, pues este monarca realizó la unión definitiva de los dos reinos cristianos de León y Castilla, consolidada por sus sucesores, y propició la creación del reino granadino como reacción defensiva a sus victorias militares.

Surgido como una taifa más de las que se formaron tras la decadencia de los almohades y el avance victorioso de Fernando III por el valle del Guadalquivir, el reino nazarí fue creado por Muhammad I, de la familia de los Banu Nasr, quien se había alzado en Arjona contra la autoridad del emir murciano Ibn Hud en 1232 y ocupando la ciudad de Jaén. Ante el empuje de Fernando III decidió ponerse bajo el vasallaje del rey castellano, quien conquistó Córdoba en 1236. Al año siguiente Muhammad se instaló en Granada, donde fue proclamado emir por algunos notables, siendo reconocido seguidamente en Almería en 1238 tras el asesinato del emir Ibn Hud. Pocos meses después el soberano nazarí fue proclamado rey de Málaga. Según los textos árabes de la

época, la creación del reino nazarí se explica como el impulso de los habitantes de Almería y Málaga de agruparse en torno al emir de Granada con objeto de salvarse juntos ante el imparable avance de los castellanos, que acabaron tomando el valle del Guadalquivir y el reino de Murcia, cercando las tierras musulmanas³⁹.



(imagen 02_09) Soberano musulmán. *Cantigas de Santa María*. Biblioteca del monasterio de El Escorial.

Los nazaríes lograron conservar su poder y su independencia durante 255 años hasta la derrota final de 1492, casi tantos años como el gobierno de los omeyas de Córdoba. Durante todo este tiempo fueron el último bastión de la antigua al-Andalus. Cómo consiguieron sobrevivir durante tanto tiempo es una de las preguntas de más compleja respuesta de la Historia peninsular. La organización del nuevo reino se realizó gracias a la hábil diplomacia y realismo político del emir Muhammad. No dudó en negociar con Fernando III y admitir un vasallaje que le ofrecía protección frente a competidores musulmanes y otras amenazas cristianas, a cambio de pagar un tributo anual a Castilla y ofrecer ayuda militar para la conquista del valle del Guadalquivir. Finalizada ésta, los sucesores de Fernando III se encontraron enfrente un reino musulmán débil pero bien organizado, defendido naturalmente por una difícil orografía, y con posibilidad de recibir ayudas procedentes del norte de África gracias a la salida al mar del reino nazarí y sus conexiones con los estados islámicos del Magreb, especialmente el de los benimerines. La ayuda de éstos permitió un equilibrio de fuerzas entre Castilla, Aragón y Granada; y no supuso una amenaza para la propia independencia del reino nazarí gracias a la destreza diplomática de los granadinos, cuya estrategia política osciló entre Castilla y el Magreb, pero sin dejar de negociar también con Aragón y Tremecén. Las múltiples alianzas de los nazaríes les permitieron la independencia de su débil reino, sin las cuales a buen seguro los Meriníes magrebíes habrían anexionado a sus dominios norteafricanos los restos del antiguo al-Andalus⁴⁰.

³⁹ Maria Jesús Viguera Molins, obra citada, pág.s. 11 y 12.

⁴⁰ Francisco Vidal Castro, obra citada, pág.s. 49-52.

EL FRENTE CRUZADO OCCIDENTAL EN TIEMPOS DE FERNANDO III

Las primeras cruzadas peninsulares (1064-1118)

Cuando nació el infante don Fernando, la lucha entre Islam y Cristiandad llevaba cuatro siglos de duro combatir en la península ibérica. Sus características impedían la concordia entre ambas comunidades. Los musulmanes no admitían la paz con el infiel, siguiendo en ello sus doctrinas coránicas; pondremos como ejemplo la actitud de al-Mu'tamid, emir de la taifa de Sevilla, quien no dudó en solicitar auxilio al emir almorávide Yusuf ibn Tashfin (1061-1106) ante el arrollador avance del rey Alfonso VI tras la toma de Toledo (1085); a pesar de las grandes diferencias culturales y religiosas que les separaban sobre la interpretación del Islam, el emir argumentó lo siguiente:

“ ... si pido ayuda a Yusuf ibn Tashfin, obro bien a los ojos de Dios, mientras que si confío en Alfonso no hay duda de que incurro en la ira divina⁴¹”.

Los cristianos del norte tampoco querían la paz, pues consideraban suyo todo el territorio peninsular y miraban a los musulmanes como invasores que había que expulsar. Tomemos como ejemplo las palabras del gobernador de Coimbra, el mozárabe Sisnando Davidiz, designado por el rey Alfonso VI embajador ante Abd Allah ibn Bullugin, rey de Granada:

“Al-Andalus era en principio de los cristianos, hasta que los árabes los vencieron y los arrinconaron en Galicia, que es la región menos favorecida por la naturaleza. Por eso, ahora que pueden, desean recobrar lo que les fue arrebatado, cosa que no lograrán sino debilitándose y con el transcurso del tiempo, pues, cuando no tengáis dinero ni soldados, nos apoderaremos del país sin ningún esfuerzo⁴²”.

A lo largo del siglo XI se habían alzado dentro de la Iglesia voces autorizadas que opinaban abiertamente en contra del empleo de la violencia en cualquier circunstancia. Sin embargo, quienes la apoyaban esgrimían que el propio san Agustín había aceptado el uso de la fuerza en determinadas circunstancias. Tras considerar que la abolición de la violencia de los nobles europeos era un objetivo poco menos que imposible, los papas reformistas Alejandro II (1061-73) y Gregorio VII (1073-85) trataron de dirigir los impulsos guerreros y violentos de sus fieles hacia metas más elevadas, convirtiendo en realidad el concepto espiritual de *miles Christi* contenido en la Regla de San Benito. Con la santificación de la caballería, estos papas pretendieron devolver la paz a Occidente y asumir el liderazgo de la Cristiandad⁴³. Mediante ella, los caballeros

⁴¹ Derek W. Lomax, obra citada, pág. 94. Las diferencias entre los emires andaluces y los almorávides eran tales que Yusuf ibn Tashfin los depuso tras obtener de sus imanes sendas *fatuas* condenatorias por su comportamiento tan poco edificante con respecto al Islam. Paradójicamente, al-Mu'tamid acabó siendo aliado del rey Alfonso VI, a quien dio a su nuera Zayda en matrimonio. Zayda se convirtió al cristianismo y engendró al infante don Sancho, único hijo varón del rey castellano-leonés. Años más tarde, el joven infante Sancho y siete condes castellanos morirían en la primavera de 1108 al frente de 7000 hombres, derrotados en Uclés por un ejército almorávide.

⁴² Gonzalo Martínez Díaz, obra citada, pág. 432, citando a Lévi-Provençal y Emilio García Gómez, en *El siglo XI en primera persona. Las memorias de Abd Allah, último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090)*, Madrid, 1981, pp. 158-159.

⁴³ Carlos de Ayala, pág.s. 18-19.

cristianos fueron llamados librar un combate real y físico contra los enemigos de la Iglesia⁴⁴. La lucha contra los musulmanes para recuperar los territorios ocupados por éstos en la cuenca mediterránea se convirtió en una útil herramienta para lograr sus fines.

Ciento cincuenta años antes, el papa Juan X (914-928) había iniciado la lucha para expulsar a los sarracenos de la península italiana con ayuda del emperador bizantino Berengario, consiguiendo expulsarlos de las regiones centrales, evitando con ello las expediciones contra Roma⁴⁵, y derrotándoles finalmente en la llanura del río Garellano en 916⁴⁶. Más tarde una bula del papa Sergio IV (1009-1012) invitó a los cristianos a participar en una cruzada para liberar el sepulcro de Cristo⁴⁷. Su sucesor, Benedicto VIII (1012-1024), tomó conciencia del peligro que representaban los moros de África y de España. Estos últimos hacían frecuentes incursiones por las costas del Tirreno, hostilizando Ostia y Civitavecchia y adentrándose hasta Pisa. El papa invitó a las poblaciones afectadas a defenderse y propuso a Génova y Pisa una alianza, fruto de la cual se armó una poderosa armada que expulsó a los musulmanes de la isla de Cerdeña y los derrotó por mar en varias ocasiones entre 1015 y 1016. La lucha contra los sarracenos continuó en la Italia meridional y en Sicilia⁴⁸, que finalmente acabó siendo conquistada por los normandos a instancias de los papas, especialmente de Alejandro II⁴⁹.

En la península ibérica, el respaldo papal a la lucha de los reinos cristianos quedó condicionado a la aceptación de la reforma benedictina en el clero y los monasterios, así como a la adopción del rito latino en detrimento del rito mozárabe o hispanovisigodo, que era el que se utilizaba en las iglesias peninsulares desde los tiempos ya lejanos del viejo reino visigodo y que tenía en san Isidoro de Sevilla una de sus más brillantes figuras. A partir de la aceptación de las reformas, los papas consideraron la Reconquista como un deber primordialmente religioso que incumbía a todos los cristianos, de forma que cuando nació el infante don Fernando se habían dado en España al menos cinco ejemplos de expediciones cruzadas apoyadas por los papas con participación de caballeros procedentes de Europa.

La cruzada entró en España a través de Aragón. Sancho III el Mayor (1000-1034) había traído la reforma benedictina a sus dominios navarros y aragoneses, iniciando un acercamiento a Roma que culminó su nieto Sancho Ramírez, rey de Aragón desde 1063 y de Navarra desde 1076, quien introdujo el rito latino paulatinamente a lo largo de su reinado. Una consecuencia de este acercamiento fue la cruzada de Barbastro, considerada por algunos como la primera de las cruzadas cristianas predicada en Europa⁵⁰, y en la que el papa Alejandro II anunció la remisión de los pecados a todos

⁴⁴ Malcolm Barber, obra citada, pág. 58.

⁴⁵ La abadía de Farfa, situada en las cercanías de Roma, fue asediada por los sarracenos durante siete años hasta que, en 897, fue abandonado a su suerte por su abad y sus súbditos, convencidos de que no podían seguir la resistencia. Agostino Saba, obra citada, pág. 508.

⁴⁶ Agostino Saba, obra citada, pág. 511.

⁴⁷ Algunos historiadores creen ue la bula es una falsificación posterior. Agostino Saba, obra citada, pág. 555.

⁴⁸ Agostino Saba, obra citada, pág.s. 557-558.

⁴⁹ Derek W. Lomax, obra citada, pág. 81.

⁵⁰ Así lo considera el insigne historiador don Antonio Ubieto en su libro *Historia de Aragón. La formación territorial*, pág. 54-61. Mencionado por Esteban Sarasa Sánchez y otros, obra citada, pág. 53.

aquellos que fueran a combatir contra los sarracenos hispanos⁵¹. Barbastro fue conquistada en julio de 1064 por un ejército cruzado de normandos, franceses, catalanes y aragoneses. La victoria fue efímera, pues el príncipe Ibn Hud de Zaragoza recuperó la ciudad a sangre y fuego el 17 de abril de 1065. Pero el paso ya estaba dado; la presencia del legado pontificio Hugo Cándido ese año en la península confirmó el interés del papado de hacerse presente en España. Tres años después el rey Sancho Ramírez peregrinó a Roma (1068). Fruto del viaje, el monarca aragonés se casó con la hermana del conde Eblo II de Roucy, a quien conoció en la Ciudad Eterna, y permitió al papa Alejandro II planificar en 1073 una segunda cruzada en España junto al mencionado conde. La muerte del pontífice frustró la expedición, pero el ánimo cruzado fue recogido por su sucesor Gregorio VII, quien invitó al poco tiempo a los nobles franceses a hacer cruzada en Hispania con estas palabras:

*“... no se os oculta que el reino de España fue desde antiguo de la jurisdicción propia de San Pedro, y aunque ocupado tanto tiempo por los paganos, pertenece todavía por ley de justicia a la Sede Apostólica solamente y no a otro mortal cualquiera.”*⁵²

Estas palabras fueron completadas con un decreto papal por el cual todos los territorios conquistados a los musulmanes serían gobernados por los cristianos en calidad de vasallos del Papa⁵³.



(imagen 02_10) Escenas de lucha entre cristianos y musulmanes. *Cantiga LXIII de Santa María*. Biblioteca del monasterio de El Escorial.

⁵¹ Las indulgencias fueron un método para motivar la lucha contra los musulmanes. Consistían en remisiones parciales o plenas de penas canónicas a cambio de la prestación de servicios a la comunidad cristiana o la demostración de su celo piadoso en ciertas condiciones. Se concedían por la edificación de catedrales, hospitales y puentes, visita o confesión en un lugar venerado, o por el alistamiento en ejércitos para la lucha contra el Islam. Mediante ellas, todo cristiano que hubiese confesado sus pecados estaba autorizado por el Papa para sustituir la penitencia impuesta por el sacerdote por un viaje a España o a Tierra Santa a combatir a los enemigos de la fe y de la Iglesia. Las indulgencias no pretendían sustituir el arrepentimiento o la confesión por la lucha, ni predicaban que el muerto en combate fuese al cielo directamente o fuera considerado un mártir de la fe. Daniel Rops, obra citada, primera parte, pág. 71.

⁵² Esteban Sarasa Sánchez y otros, obra citada, pág.s. 54-56. Agostino Saba, obra citada, pág. 594.

⁵³ Derek W. Lomax, obra citada, pág. 82.

El reino de León vio la llegada de obispos, legados y abades de la orden benedictina reformada por Cluny a partir de 1025; el reino de Castilla vivió esta introducción a partir de 1070. Finalmente, el concilio de Burgos de 1080 adoptó el rito latino en Castilla y León. Este acercamiento a Roma tuvo sus consecuencias inmediatas. Los franceses que participaron junto a Alfonso VI en la toma de Toledo (1085) recibieron indulgencias papales por la remisión de sus pecados, ejemplo del espíritu cruzado que estaba naciendo en Europa⁵⁴. La vuelta de la antigua sede metropolitana de Toledo a manos cristianas fue festejada en todo el Occidente, reconociéndolo como un acontecimiento extraordinario y preconizando nuevos éxitos sobre el enemigo musulmán.

Una cuarta cruzada se libraría en suelo peninsular antes de que el papa Urbano II abriese el frente oriental de Tierra Santa. Se trató de la cruzada contra los almorávides preconizada por Alfonso VI de Castilla tras su derrota en Sagrajas el 23 de octubre de 1086, al año de conquistar Toledo, y que acabaría en el frustrado asedio de Tudela (1087). En ella participaron el duque Eudes de Borgoña, su hermano Enrique, el conde de Amous, el conde Raimundo de Toulouse y el vizconde Guillermo de Melun, al frente de un importante contingente de tropas borgoñonas, normandas y del Midi francés. También estuvo presente el rey Sancho Ramírez “*deseando agradar a Dios por el remedio de mi alma*”.⁵⁵

A partir de la proclamación de la Primera Cruzada en 1095 por el papa Urbano II, el interés de los caballeros franceses y europeos se orientó hacia Tierra Santa. No obstante, en su discurso ante los fieles de Clermont el papa subrayó la importancia de la guerra en España, donde los musulmanes habían detentado el dominio de casi todo el país durante trescientos años. Posteriormente reconoció que la lucha que se estaba librando en la península era una auténtica cruzada y concedió a quienes allí combatían los mismos privilegios y beneficios que los ofrecidos a los cruzados de Oriente. Cierta número de nobles aragoneses y catalanes volvieron sus miras hacia Palestina, pero el papa restringió y prohibió a los caballeros cristianos que abandonaran el escenario peninsular para ir a combatir a Tierra Santa⁵⁶. Entre ellos se encontraba el rey Pedro I de Aragón (1094-1104), que trató de ser cruzado en Tierra Santa; el papa Pascual II (1099-1118) le impidió acudir a Palestina y le solicitó que se esforzase en plantar el *estandarte de Cristo* en las tierras del valle del Ebro. A cambio, el rey Pedro I fue el primero en utilizar en tierras hispanas los apelativos de “*Cruzado*” y “*Rey cruzado*”⁵⁷.

La lucha contra los sarracenos en el curso medio del Ebro fue culminada por Alfonso I el Batallador, así llamado por haber vencido en veintinueve batallas. En 1118 obtuvo del nuevo papa Gelasio II (1118-19) el privilegio de cruzada con indulgencias especiales para su campaña contra Zaragoza, que fue proclamada en un gran concilio celebrado en Toulouse al que asistieron obispos españoles y franceses, consiguiendo de ese modo que acudiese un gran ejército de caballeros franceses a la toma de la ciudad, que quedó vacía de musulmanes⁵⁸.

⁵⁴ P. Bonnassie y otros, obra citada, pág.205.

⁵⁵ Esteban Sarasa Sánchez y otros, obra citada, pág.s. 56 y 57.

⁵⁶ Rodríguez García, obra citada, pág. 208. Cita la obra de Goñi Gaztambide titulada *Historia de la bula de la cruzada en España*, Vitoria, 1958.

⁵⁷ Esteban Saraza Sánchez y otros, obra citada, pág. 57.

⁵⁸ P. Bonnassie y otros, pág. 207. Derek W. Lomax, pág. 112

Quedó, pues, de manifiesto que la Iglesia no pensaba descuidar su apoyo a la lucha peninsular, y que ésta quedaría bajo vigilancia y seguimiento de los diferentes papas. Los instrumentos de esta vigilancia se habían desarrollado desde finales del siglo XI: cartas papales, visitas de legados de la Santa Sede, concilios y sínodos, otorgamiento de indulgencias, promesas de recompensa espiritual, amenazas de excomunión, interferencias diplomáticas diseñadas para poner paz entre los monarcas cristianos, fomento de las cruzadas peninsulares en otros países de Europa. El apoyo papal, prodigando constantemente hombres y dinero, consejos y soporte moral, fue de valor incalculable para la lucha contra los sarracenos en España⁵⁹.

Infancia y juventud del infante don Fernando (1199 – 1212)

El nacimiento del infante don Fernando en 1199 coincidió con una época de retroceso de las armas cristianas. El frente oriental de Palestina había sido abierto de forma victoriosa y espectacular durante la Primera Cruzada cien años antes, finalizando con la conquista de Jerusalén en 1099⁶⁰. La Segunda Cruzada, realizada a mitad de siglo (1148-49) en vida de su abuelo Alfonso VII el Emperador⁶¹, había visto el ímpetu guerrero de las órdenes militares del Temple y del Hospital, causando sensación entre los cristianos europeos no solo por sus éxitos militares, sino por la honda espiritualidad de sus freires, respaldados los primeros por san Bernardo de Claraval como “milites Christi” en su famoso escrito *De laude novae militiae*, fechado en la tercera decena del siglo XII⁶². Pero doce años antes de la llegada al mundo del infante Fernando, los cruzados habían sido derrotados en la batalla de Hattin, tras lo cual Jerusalén cayó de nuevo en manos de los musulmanes en 1187. Este revés dio origen dos años después a la Tercera Cruzada, predicada por el papa Gregorio VIII, que fracasó en 1192 tras la muerte de Federico I Barbarroja y las disensiones de los reyes Felipe II Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León.

Vencido el peligro almorávide, en el frente peninsular los reinos cristianos estaban de nuevo en lucha desde 1157, esta vez contra el imperio almohade. Habían salido gravemente derrotados tras la ofensiva de siete años lanzada en 1191 por el califa Ya'qub ibn Yusuf (1184-1199), que rompió el dispositivo defensivo cristiano duramente establecido con grandes sacrificios y esfuerzos a lo largo del río Tajo. La derrota de Alcácer do Sal en 1191 al sur de Lisboa fue seguida por la de Alarcos en 1195 al sur de Ciudad Real. Esta última supuso el mayor desastre cristiano desde la derrota de Sagradas un siglo antes; fue de tal envergadura que los reyes de Inglaterra y Francia, Ricardo Corazón de León y Felipe II Augusto, consideraron la posibilidad de

⁵⁹ Derek W. Lomax, obra citada, pág. 83.

⁶⁰ Los cruzados conquistaron Jerusalén el 15 de julio de 1099 y proclamaron rey a Godofredo de Bouillon.

⁶¹ La Segunda Cruzada fue predicada por san Bernardo de Claraval y organizada por Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania. Los cruzados sitiaron Damasco inútilmente y regresaron sin éxito de la expedición.

⁶² En su *De laude*, san Bernardo de Claraval considera que los templarios han renunciado a las tentaciones de la vida secular para servir al Señor, demostrando que existe la posibilidad mediante la nueva caballería de convertir hombres pecadores, criminales e incluso que eran una amenaza para la sociedad en fieles defensores de la Iglesia, pues “*se arman a sí mismos no con oro, sino por dentro con fe*”. Citado en Malcolm Barber, obra citada, pág. 64.

hacer una cruzada conjunta contra los almohades peninsulares⁶³. La evacuación del sector del Tajo entre Montánchez y Plasencia en 1196, la ofensiva de 1197 en los ejes Maqueda-Madrid-Guadalajara y Toledo-Cuenca y la toma de Mallorca en 1204, última taifa independiente, consolidaron el poder almohade en la península y evidenciaron la debilidad de los cristianos.

Los papas reaccionaron a estos reveses tratando de organizar una nueva cruzada a Tierra Santa y animando a los reyes peninsulares para que reanudaran la lucha. Celestino III ordenó en vano a los cristianos de Aquitania en 1197 que fuesen a combatir a España en lugar de hacerlo a Jerusalén. Inocencio III alentó de nuevo a la lucha a los monarcas españoles en 1198, pero las rencillas de los reinos peninsulares impidieron el éxito de su iniciativa. A esto se sumó la tregua de cinco años que se estableció entre el califa Ya'qub ibn Yusuf, necesitado de la misma para atender otros frentes en Túnez y Mallorca, y el rey de Castilla Alfonso VIII, exhausto tras la derrota de Alarcos. La tregua fue reanudada por periodos de tres años por el nuevo califa Muhammad ibn Ya'qub. De manera que hubo paz entre musulmanes y cristianos hasta el año 1210, para mayor disgusto del papa⁶⁴.

La cruzada de las Navas de Tolosa (1210-12)

Finalizadas las peleas intestinas entre los cristianos peninsulares al conseguirse la paz entre el reino de Castilla y los reinos de León y Navarra, el papa Inocencio III alentó al rey Alfonso VIII de Castilla en febrero de 1210 a reanudar la lucha contra los almohades, otorgando los privilegios de cruzada a todo aquel que participase en la lucha. El rey castellano se mostró proclive al proyecto y se negó a reanudar la tregua con el califa almohade. En respuesta, el papa Inocencio ordenó a los obispos españoles que urgiesen a sus monarcas y fieles a secundar la expedición castellana, prometiendo la indulgencia plenaria a todo aquel que participase en ella, y la excomunión a aquel rey que atacase al castellano mientras éste combatía a los musulmanes.

La base de partida de las incursiones y ataques cristianos era la fortaleza de Salvatierra. Contra ella se lanzó el ejército del califa Muhammad en respuesta a las provocaciones recibidas. El grueso de las tropas castellanas se encontraban diseminadas defendiendo Toledo de un ataque secundario de los almohades y atacando la comarca de Trujillo y Montánchez; el resto de fuerzas era numéricamente inferior a las del ejército del califa. La fortaleza de Salvatierra, defendida por los freires calatravos, resistió diez semanas, pero finalmente cayó en poder de los almohades en el mes de septiembre. Sin embargo, su defensa impidió que el ejército almohade prosiguiese su campaña contra Castilla por la inminencia del invierno, que obligó al califa a regresar con sus fuerzas a Sevilla⁶⁵.

La caída de Salvatierra hizo renacer el decaído espíritu cruzado en Europa. Los monasterios cistercienses difundieron la derrota por todo el continente y los predicadores hicieron juegos de palabras a propósito de “*salvar la Tierra en Salvatierra*”. El rey Alfonso VIII despachó al arzobispo de Toledo y al obispo de

⁶³ El papa Celestino III había ordenado en 1191 al arzobispo de Toledo que organizase treguas entre los monarcas cristianos para que luchasen contra los musulmanes. En julio de 1195 el papa había amenazado a todo aquel que atacase a Castilla durante la campaña de Alarcos, puesto que las propiedades de los cruzados gozaban de especial protección papal.

⁶⁴ Derek W. Lomas, obra citada, pág. 159.

⁶⁵ Derek W. Lomas, obra citada, pág.s. 161-162.

Segovia a Francia y a Roma para solicitar su ayuda. El papa Inocencio no se hizo esperar. Escribió a los obispos franceses para que instasen a sus fieles a unirse al monarca castellano el primer domingo después de Pentecostés con promesa de indulgencia plenaria, y amenazó al rey Alfonso IX de León con excomunión si atacaba al rey castellano. En Roma hubo oraciones especiales, ayunos, procesiones de mujeres, clérigos y seglares, predicaciones del papa y misas por el éxito de la campaña.



(imagen 02_11) La batalla de las Navas de Tolosa (1147). Cuadro de Francisco van Halen. Palacio del Senado. Madrid.

El resultado de la campaña es bien conocido por el lector. Alfonso VIII reunió el mayor ejército cristiano nunca visto hasta la fecha en la península ibérica. En él iban ocho obispos españoles y los maestros de los templarios españoles y de las órdenes de Santiago y Calatrava. Junto a ellos marchaban los arzobispos franceses Guillermo de Burdeos y Arnaldo de Narbona; el rey Pedro II de Aragón, acompañado de un gran número de barones, caballeros y peones, así como algunos caballeros castellanos desterrados a quienes Alfonso VIII perdonó; el rey Sancho VII de Navarra con doscientos caballeros; los grandes nobles de Castilla; y las milicias de Toledo, Segovia; Ávila, Cuenca, Medina, Burgos, Madrid, Medina y otras ciudades. Los reyes de León y Portugal no acudieron a la cruzada por estar en guerra entre ellos, pero sí lo hicieron algunos de sus vasallos, fieles a la llamada del papa. El lunes 16 de julio de 1147 los cristianos obtuvieron una gran victoria en el llano de las Navas de Tolosa, que fue celebrada a lo largo y ancho de toda la Cristiandad. El papa Inocencio leyó en público la carta que le envió Alfonso VIII relatando la victoria; el arzobispo Arnaldo de Narbona informó de la misma en el capítulo general del Cister, desde donde se difundió por todas

sus casas y monasterios de Europa. La victoria se celebró incluso en la catedral inglesa de Winchester⁶⁶.

Las grandes cruzadas peninsulares (1217-1250)

1217 fue el año de la organización de la Quinta Cruzada por el papa Inocencio III y del ascenso de Fernando III al trono de Castilla. Tenía dieciocho años, una edad óptima para aplicar la doctrina enunciada dos años antes en el IV Concilio de Letrán: paz entre los cristianos y guerra al islam. El joven rey se negó ese mismo año a combatir contra su padre cuando invadió el reino de Castilla aprovechando la oposición de la familia Lara a su proclamación como rey de Castilla. En 1230 buscó la paz y la amistad de su primo el rey Sancho II de Portugal, firmando para ello el Tratado de Benavente. El 31 de octubre de 1234 firmó un tratado de paz con el nuevo rey Teobaldo I de Navarra. Durante todo su reinado evitó cualquier tipo de enfrentamiento con Jaime I de Aragón, con quien firmó el Tratado de Almizra en 1244, en el que se fijaron las fronteras comunes de ambos reinos en la zona de Murcia. Sin embargo, no pudo hacer la guerra contra el islam hasta que vencieron las treguas establecidas en 1214 entre Castilla y el califa Yusuf II por su abuelo Alfonso VIII, renovadas en 1221 y que finalizaban en 1224. Ese año el monarca castellano reunió la curia en Carrión, donde se celebró una trascendente asamblea para decidir y proclamar la reanudación de la lucha contra los almohades.

Las circunstancias de división en que se encontraba la España musulmana, conocida por los historiadores como las “terceras taifas”, creaban una coyuntura propicia para reanudar la ofensiva. Pero trasladar la frontera al sur del Guadalquivir exigía un esfuerzo tan denodado en medios económicos y humanos que sólo la cobertura de la cruzada y los apoyos materiales que ésta comportaba permitirían el logro de los objetivos. Para conseguirlos, el rey Fernando presentó su plan de acción como la gran oportunidad de servir a Cristo contra los enemigos de la fe. Necesitaba el concurso de las órdenes militares, cruzados permanentes al servicio de la guerra santa, por lo que firmó un acuerdo con los maestros de Calatrava, Santiago y Temple y el prior del Hospital por el que éstos comprometieron su firme voluntad de combatir *in sarracenorum confinio contra inimicos crucis Christi*⁶⁷. A partir de 1225 contó con el apoyo expreso del papa Honorio III, quien le tomó bajo su protección a él y a su reino, mostrando de este modo a la Cristiandad que el rey Fernando III que estaba comprometido con Cristo y su Iglesia. Extendió la indulgencia que disfrutaban los cruzados de Tierra Santa a cuantos se implicaran en la lucha reconquistadora liderada por el rey, y nombró al arzobispo de Toledo Jiménez de Rada y al obispo Mauricio de Burgos⁶⁸ predicadores de la indulgencia y protectores de los cruzados castellanos. Finalmente, animó al rey Fernando a proseguir su ofensiva *contra sarracenos Ispanie*⁶⁹. Los esfuerzos del rey y el papa para reanudar la lucha en la península coincidieron con el éxito de éste último en organizar en 1227 una nueva cruzada en Tierra Santa, que fue dirigida por el emperador Federico II.

⁶⁶ Derek W. Lomas, obra citada, pág.s. 162-168.

⁶⁷ Carlos de Ayala, obra citada, pág.s 429-430; 440-441.

⁶⁸ Siguiendo la tradición de volver a la legitimidad eclesiástica anterior a la invasión musulmana de 711, cuando se creó la diócesis de Burgos, Tarragona declaró que pertenecía a su provincia, pues todo aquel territorio quedaba dentro de la tarraconense hispanoromana. Castilla no consintió que esto fuera así, y el papa Urbano II acabó la disputa declarando a Burgos “sede exenta”, es decir, sometida al control directo de la Santa Sede. Jose Luis Villacañas, obra citada, pág. 643.

⁶⁹ Carlos de Ayala, obra citada, nota 40 de la pág. 430.

A partir de entonces las campañas del monarca castellano tuvieron marcado aire de cruzada, especialmente en los quince años que van desde 1236 a 1248 y cuyos hitos fueron las conquistas de Córdoba, Murcia, Jaén y Sevilla. El propio monarca gozó del privilegio cruzado en 1229, 1231, 1237 y 1248⁷⁰. El rey Fernando obtuvo del papa el privilegio de las *tercias*, que era el tercio del diezmo dedicado al mantenimiento de la Iglesia, con el fin de cooperar a la financiación de sus campañas contra los musulmanes. Los privilegios que el rey otorgó por su parte a las órdenes militares fueron considerables, pues no en vano se entendía que estaban *a servicio de Dios*. Los monjes de las órdenes mendicantes, dominicos y franciscanos, seguían a los ejércitos del rey a modo de capellanes, mientras que la orden de los mercedarios se dedicaba a comprar el rescate de cristianos cautivos en tierras musulmanas. Todo esto contribuyó siglos más tarde a la canonización del rey⁷¹.

Este ánimo cruzado también se produjo en el resto de reinos peninsulares. Antes de que Fernando fuera proclamado rey de León en 1230, su padre Alfonso IX consiguió apoderarse de los territorios de la actual Extremadura situados entre el Tajo y el Guadiana, siempre contando con los freires de las órdenes militares y el constante apoyo de los papas Inocencio III y Honorio III. En el vecino reino de Portugal el rey Alfonso II, que había participado en la cruzada de las Navas de Tolosa, consiguió retomar Alcácer do Sal en 1217 gracias a la colaboración de los freires de las órdenes militares y a la presencia de una fuerza de cruzados alemanes y holandeses con destino a Tierra Santa en el marco de la Quinta Cruzada que desembarcó en Lisboa y participó en la campaña⁷². No obstante, su empeño en la defensa de los privilegios reales frente a los nobles y al clero le valió la excomunión por parte del arzobispo de Braga, la más alta dignidad del reino. Su hijo Sancho II se vio obligado a apuntalar su discutida legitimidad dinamizando la cruzada contra el enemigo musulmán, a quienes redujo a los últimos límites del Algarbe durante los años de su reinado.

Por su parte, Jaime I de Aragón conquistó Mallorca en 1229 con el apoyo explícito de la Iglesia, pues el obispo de Barcelona definió la empresa como una obra de Dios en la que “*quienes en ella muriesen, morirán por nuestro Señor y alcanzarán el paraíso*”. La siguiente empresa de Jaime I fue la conquista del reino de Valencia. Fue planificada desde la sede calatrava de Alcañiz en 1231 en tres fases: ocupación de las tierras castellanenses, conquista de la ciudad de Valencia e incorporación del valle del Júcar. Hay historiadores que consideran que la empresa no puede calificarse como cruzada tanto por su duración, diez años, como por el respeto a las poblaciones vencidas y la tendencia al sometimiento de las mismas mediante pactos⁷³; sin embargo, el carácter cruzado de la campaña no es fácilmente desestimable, tanto por el empleo de las órdenes militares peninsulares (calatravos y santiaguistas) e internacionales (templarios y hospitalarios), como por las bulas papales emitidas apoyando la empresa⁷⁴.

⁷⁰ Rodríguez García, obra citada, pág. 210, nota 10.

⁷¹ P. Bonnassie y otros, obra citada, pág. 209.

⁷² Finalizada la campaña portuguesa, los cruzados nórdicos recibieron órdenes del papa para que reanudaran su camino a Palestina.

⁷³ Tal es el parecer de Robert I. Burns, citado por Carlos de Ayala en obra citada, pag. 431.

⁷⁴ El papa Gregorio IX emitió en febrero de 1237 nada menos que once bulas considerando cruzada las operaciones que tenían lugar en el sitio de Valencia, cercada desde 1236. Citado por Carlos de Ayala en obra citada, pág. 432.

CONCLUSIÓN

El rey don Fernando fue un hijo de su tiempo. Le tocó vivir en una sociedad europea donde la fe cristiana era el elemento esencial de la misma y con la que todos sus componentes, fuesen nobles, caballeros o campesinos, se sentían identificados⁷⁵. En particular, los habitantes de los reinos cristianos de la península ibérica vivían esta fe con mayor vitalidad debido a los muchos siglos que llevaban inmersos en su lucha contra el islam, en defensa de su fe frente a los ataques musulmanes y por la recuperación de los territorios que consideraban suyos y que fueron conquistados por unos invasores que profesaban una creencia en la que la guerra santa era una de las obligaciones de sus fieles⁷⁶. Todo ello hizo que la fe cristiana se hiciese presente incluso en medio de las debilidades y fragilidades humanas, que en el caso particular del rey don Fernando mostró su mejor exponente en cuando, postrado en su lecho de muerte enfermo de hidropesía, mandó retirar todos los ornatos que denotaban su grandeza real y, para recibir al Altísimo, ordenó decorar el salón donde se hallaba como una iglesia. Cuando oyó la campañilla que anunciaba la llegada del Viático, ante el asombro de todos se tendió en un lecho de cenizas y, atándose una cuerda al cuello, exclamó:

"Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo he de volver al seno de la tierra."



(imagen 02_12) Ofrecemos otra curiosidad al lector: el cartel anunciador de las fiestas de San Fernando del Regimiento de Redes Permanentes y Servicios Especiales de Transmisiones correspondientes a 1973.

⁷⁵ Gonzalo Martínez Díez, obra citada, pag. 446.

⁷⁶ Hay que hacer notar que en fechas tan tempranas como 734, un tal Uqba al-Saluli aceptó el cargo de gobernador de al-Andalus diciendo que le agradaba la guerra santa y que aquel era el mejor lugar para ella, lo cual demostró buscando a los enemigos del Islam durante el tiempo de su mandato organizando expediciones de castigo contra Asturias, Pamplona y la Provenza Occidental. Citado en la crónica árabe *Ajbar Machmua*, traducida por Lafuente Alcántara. Tomado de Claudio Sánchez Albornoz, obra citada, pág. 81.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Romero, María Paz. La monarquía castellana y su proyección institucional (1230-1350). Historia de España de Ramón Menéndez Pidal. Tomo XIII, volumen 1º. La expansión peninsular y mediterránea (c.1212-c.1350). El reino de Castilla. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1995. Tercera edición. [D.L: M. 6.164-1962] [ISBN: 84-239-4815-3 (Tomo 13, 1º)]
- Ayala Martínez, Carlos de. Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media (siglos XII-XV). Marcial Pons Historia. Latorre Literaria. [Madrid] [2003] [D.L: M. 20.564-2003] [ISBN: 84-95379-56-2].
- Barber, Malcolm. Templarios: la nueva caballería. Ediciones Martínez Roca. [Barcelona, 2001]. [DL: B.33051-2001] [ISBN: 84-270-2723-0].
- Bonnassie, P; Guichard, P; Gerbet, M.-C. Las Españas medievales. Editorial Crítica. Barcelona, [2001]. [DL: B. 45-2001] [ISBN: 84-8432-154-1].
- Del Burgo, Jaime. Historia de Navarra, la lucha por la libertad. Editorial Tebas. Madrid, [1978]. [DL: M. 31.551-1978] [ISBN: 84-7273-098-0].
- Eco, Humberto. Baudolino. Editorial Lumen, S.A. Colección Palabra en el Tiempo. [Barcelona, 2001]. [DL: B. 44.052-2001] [ISBN: 84-264-1309-4]
- García de Valdeavellano, Luis. Curso de historia de las instituciones españolas; de los orígenes al final de la Edad Media. Biblioteca de la Revista de Occidente. [Revista de Occidente, S.A.]. Madrid, [1973]. Quinta edición. [DL: M. 2.408-1977] [ISBN: 84-292-8706-X].
- González González, Julio. Época de Fernando III. Historia de España de Ramón Menéndez Pidal. Tomo XIII, volumen 1º. La expansión peninsular y mediterránea (c.1212-c.1350). El reino de Castilla. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1995. Tercera edición. [D.L: M. 6.164-1962] [ISBN: 84-239-4815-3 (Tomo 13, 1º)]
- Iglesias Costa, Manuel. Roda de Isábena, historia y arte. Barbastro, 1983.
- Lomax, Derek W. La Reconquista. Editorial Crítica. Barcelona [1984] [DL: B.15.659-1984] [ISBN: 84-7423-233-3].
- Martínez Díez, Gonzalo. El Cid histórico. Editorial Planeta. [Barcelona] [1999] [DL: B-25.199-1999] [ISBN: 84-08-03161-9].
- Orlandis, José. Historia de España, tomo 4. España visigoda (409-711). Editorial Gredos, S.A. Madrid. [1987] [D.L: M-32617-1987] [ISBN: 84-249-1250-0. Tomo 4]
- Pijoan, José. Arte gótico de la Europa occidental. Summa Artis, historia general del arte. Tomo XI. Duodécima edición. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1999. [D.L: M. 23.487-1994] [ISBN: 84-239-5211-8 (Tomo 11)].

- Rodríguez García, José Manuel. Fernando III y sus campañas en el contexto cruzado europeo, 1217-1252. Archivo Hispalense, revista histórica, literaria y artística. [Número monográfico. Fernando III y su época]. [Números 234-236]. Sevilla, 1994. Excma. Diputación Provincial de Sevilla. DL.: CO-528-1995. ISSN: 0210-4067.
- Rops, Daniel. Historia de la Iglesia de Cristo. Tomo IV. La Catedral y la Cruzada (primera y segunda parte, en dos volúmenes). [Edición especial para el Círculo de Amigos de la Historia] [Barcelona] [1970] [D.L: B.25682-70].
- Saba, Agostino. Historia de los papas. Tomo primero. Editorial Labor, S.A. Barcelona, Madrid, [1964]. Segunda edición. [D.L: B.10784-1964(I)].
- Sánchez Albornoz, Claudio. La España musulmana. Tomo I. Editorial Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1986. Séptima edición. [DL: M.5.001-1986] [ISBN: 84-239-4916-8 (Tomo 1)].
- Sarasa Sánchez, Esteban (coordinador). Sancho Ramírez, rey de Aragón, y su tiempo (1064-1094). Instituto de estudios altoaragoneses. [Huesca] [1994] [D.L: HU. 240/1994] [ISBN: 84-8127-023-7].
- Suárez Fernández, Luis. El reino de Portugal (1211-1383). Historia de España de Ramón Menéndez Pidal. Tomo XIII, volumen 2°. La expansión peninsular y mediterránea (c.1212-c.1350). El reino de Navarra. La Corona de Aragón. Portugal. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1996. Tercera edición. [DL: M. 6.164-1962] [ISBN: 84-239-4824-2 (Tomo 13,2°)].
- Torres Fontes, Juan. Prólogo. La evolución de las fronteras peninsulares durante el gran avance de la reconquista (c.121-c.1350). Historia de España de Ramón Menéndez Pidal. Tomo XIII, volumen 1°. La expansión peninsular y mediterránea (c.1212-c.1350). El reino de Castilla. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1995. Tercera edición. [D.L: M. 6.164-1962] [ISBN: 84-239-4815-3 (Tomo 13, 1°)].
- Viguera Molins, María Jesús. Prólogo. Historia de España de Ramón Menéndez Pidal. Tomo VIII, volumen 3°. El reino nazarí de Granada (1232-1492). Política, instituciones, espacio y economía. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 2000. [DL: NA-2480-2000] [ISBN: 84-8915-1 (Tomo 8, 3°)].
- Vidal Castro, Francisco. Segunda parte, historia política. Historia de España de Ramón Menéndez Pidal. Tomo VIII, volumen 3°. El reino nazarí de Granada (1232-1492). Política, instituciones, espacio y economía. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 2000. [DL: NA-2480-2000] [ISBN: 84-8915-1 (Tomo 8, 3°)].
- Villacañas Berlanga, Jose Luis. Jaume I el Conquistador. Editorial Espasa Calpe, S.A. [Madrid, 2003] [DL:M-40.903-2003] [ISBN: 84-670-1053-3].
- NOTA: Todas las imágenes han sido extraídas de la Historia de España de Ramón Menéndez Pidal: Tomo XIII, volumen 1° y Tomo VIII, volumen 3°.